

Tormenta

Saúl Piemontesi

SAÚL PIEMONTESI



*TORMENTA*

# Capítulo 1

## Tormenta

La tormenta de la medianoche iluminaba la sala por segundos con cortos golpes de electricidad a través de la ventana abierta. A cada rayo seguía un estruendo y una poderosa ráfaga de viento helado hacía flamear con violencia las pesadas cortinas blancas. Una de ellas volteó un jarrón que se estrelló contra el piso. Un trueno ahogó el sonido. Pequeños trozos de vidrio quedaron esparcidos hasta los pies de la escalera donde el hombre, con sus ojos cerrados con fuerza y la respiración entrecortada, susurraba una plegaria.

Los truenos cesaban y comenzaba a llover con fuerza. El hombre terminaba su oración, secaba el sudor frío de su frente, respiraba hondo y comenzaba a subir.

En el nuevo silencio de la casa a oscuras el suave crujir de la madera de la escalera ante cada temeroso paso parecía afilar un cuchillo en su espalda. Se detenía en cada escalón y aferrado con fuerza a la baranda miraba atento al piso de arriba, todos sus sentidos alerta a cualquier señal de que eso que estaba descansando en su propia cama se hubiera despertado. En su mano libre el cuchillo temblaba como una extensión de su mano. Llegó a la mitad del camino y su mente le dijo que ya no había marcha atrás, sólo quedaba seguir subiendo.

Siguió avanzando y comenzó a rezar otra vez. La fórmula conocida nacía firme y clara en su mente pero se volvía torpes murmullos en su boca. El terror tensaba su cuerpo pero seguía subiendo. Un paso, otro, uno más. Se detuvo al llegar al pasillo sin soltar el barandal. Frente a él, dos puertas cerradas. Miró hacia la más lejana y detuvo su rezo: -perdón, pequeña- murmuró y retomó la oración. Fijó la vista ahora en la puerta del frente y avanzó despacio.

-Puedo oírte- dijo la voz suave que parecía venir de la pared. Era un sonido gutural y profundo, casi imposible, pero horrorosamente real -no me dejas dormir.

El aire pareció congelarse a su alrededor y oprimir su pecho hasta aplastarle el corazón. El miedo se hizo lágrimas frías pero no dejó de caminar. El cielo volvió a tronar y su mente quedó a punto de romperse como el jarrón de la sala. Se sostuvo en el marco de la puerta porque sus piernas comenzaban a fallar. Le pareció escuchar la madera de la escalera crujiendo y giró espantado pero nada vino a su encuentro. Por fin empujó suavemente la puerta de su habitación y con sus ojos ya acostumbrados a la oscuridad vio desde el umbral que su esposa (o lo que fuera esa cosa tan parecida a ella) yacía plácidamente dormida sobre la cama

matrimonial. Se acercó muy lentamente, aun temblando y susurrando una plegaria que terminaba y volvía a comenzar, con el cuchillo un poco más en alto y el sudor frío de nuevo en su frente. La habitación se iluminó por un relámpago que anunciaba más truenos y más lluvias. El hombre, sorprendido, desvió su atención un momento hacia la ventana y la voz del monstruo volvió a estremecerlo:

-Ahora te escucho más fuerte. Quiero que me dejes dormir.

Giró aterrado esperando ver a su esposa despierta y junto a él, iluminada por el leve reflejo de la luna, flotando en el aire como una terrible aparición pero sólo vio una dulce y bella mujer que descansaba con una sonrisa en su rostro de mentira. Pero no era ella quien estaba dentro de ese cuerpo conocido, estaba seguro. Levantó el cuchillo sobre el hombro y con un hilo de voz comenzó el último rezo:

-Padre nuestro...

El viento volvió a soplar con fuerza y abrió una hoja de la ventana que golpeó contra la pared. Una vez más el miedo lo hizo girar y cuando volvió a su tarea la mujer tenía los ojos abiertos y fijos en él. Profundos ojos celestes que había amado alguna vez. La sonrisa había dejado lugar a una mueca de odio y espanto. El hombre dudó un momento y un trueno volvió a romper el silencio. El viento golpeaba una y otra vez la hoja abierta del ventanal y atacaba su cuerpo con ráfagas punzantes. Por sobre el ruido de la tormenta ascendió el grito de su oración:

-¡Padre nuestro que estás en los cielos...

Y entre lágrimas y temblores lanzó la estocada. La mujer (no era una mujer, no era su mujer) tuvo tiempo de levantar los brazos y mover su cuerpo. Evitó el golpe y aferró la muñeca de su pobre esposo con tanta fuerza que el cuchillo cayó al suelo desde dedos débiles y vencidos. Ya no tenía más fuerza y sus piernas se vencieron al espanto. Cayó de rodillas sollozando y pidiendo perdón. La mujer de los ojos azules le habló con su voz clara de siempre:

-Querido, mírame. ¡Mírame! No soy yo...

-¿Qué...?

-Que no-soy-yo.

Entonces fueron los ojos del hombre los que se abrieron grandes y espantados al oír la voz del monstruo a su espalda.

-Papi.

Giró y vio a su pequeña niña a un paso de él, mirándolo a la misma altura de su cuerpo arrodillado con una mueca feroz en un rostro de ojos negros como brea y dientes afilados y deformes. La voz terrible volvió a hablar desde esas fauces espantosas antes de que todo fuera demencia y terror:

-Papi, no me dejas dormir.